

# El respeto por el trabajo

Siempre existe el riesgo de que trabajemos sólo por el trabajo mismo. Aquí es donde entran el respeto y el amor y la devoción – que lo que hacemos se lo hacemos a Dios, a Cristo, y es por eso que tratamos de hacerlo tan bellamente como podamos.

Beata Madre Teresa de Calcuta,  
en Un regalo para Dios, Imitación de Cristo (1975)

Por GUSTAVO ANDÚJAR

Nuestra idiosincrasia nacional está negativamente marcada por el culto a la “bichería”. Debo aclarar que lo de “bicho” lo tomo entendido a lo cubano, porque si nos remitimos al muy castizo Diccionario de la Academia, este sólo recoge entre los significados de la palabra, y como cuarta acepción, “persona aviesa, de malas intenciones”. En Cuba “bicho”, en ese sentido figurado, nunca tuvo una connotación totalmente negativa. La frase ha caído ahora en desuso, pero tradicionalmente “ser un bicho” significaba ser particularmente despierto y avisado. Dicha a unos padres sobre su hijo pequeño, la afirmación era tomada como un halago a la inteligencia del niño.



En el fondo, sin embargo, “ser un bicho” siempre ha significado serlo en alguna medida a costa de los demás, siguiendo la “lógica” de otro dicho popular, referido éste a un sinónimo de “bicho”: “el ‘vivo’ vive del bobo y el bobo de su negocio”. En las rutinas de la famosa pareja cómica de “negrito y gallego” formada por Alberto Garrido y Federico Piñeiro, el *sabichoso* “negrito” explicaba su perenne disposición a estafar de diversas formas al amarrete “gallego”, repitiendo muy orondo: “¡yo soy un bicho!”.

Si bien la frase ya casi no se escucha, lamentablemente no puede decirse lo mismo de la intención que expresa. Muchos quieren “ser un bicho”: cobrar sin trabajar, ganar sin invertir, prosperar sin esfuerzo... En sus facetas más mezquinas, la “bichería” lleva a expoliar directamente al prójimo (el “bobo” del refrán antes citado), cuando le dan cinco panes en la bolsa que debe contener los seis que pagó, o le despachan la cuota de tres y le anotan en la libreta la de cuatro. Eso sí, con gran cortesía y muchas sonrisas. Tengo un amigo que dice que cuando un dependiente lo trata muy cortésmente, cuenta dos veces el vuelto.

Sí, el culto a la “bichería” daña las relaciones interpersonales de todos, alimenta el recelo y la desconfianza. Hoy, sin embargo, quisiera referirme más bien a otra cara de este mal que mina, a veces me pregunto si irreparablemente, el respeto que nos tenemos a nosotros mismos. Y para ello me gustaría empezar por recordar a Guillermo.

Entre todos los personajes que pueblan mis memorias de niñez, uno de los que recuerdo más a menudo es a Guillermo. Había sido maestro, pero cuando yo lo conocí –mis recuerdos más tempranos

de él datan de cuando tenía yo tal vez seis o siete años– era ya un anciano jubilado que se dedicaba a fabricar jaulas de pájaros. De su etapa de maestro le quedaba en aquella época (estamos hablando de la primera mitad de los 50) un aura ciertamente magisterial y su reputación de hombre de gran cultura, indisputada entre los vecinos de aquella cuadra de la calle San José, en la que vivían mis tías paternas y donde me pasaba ocasionalmente el fin de semana y generalmente una quincena de mis vacaciones de verano.

Confieso que disfruto revivir el sabor de aventura que tenían mis excursiones infantiles por aquel Jesús del Monte que me parecía tan diferente –sobre todo por tanta loma empinada– y tan enormemente distante de mi llana Buenavista de origen. Tampoco es que mi memoria sea excepcional, sino más bien que las obras de Guillermo eran como para no olvidarlas: unas jaulas de pájaros sencillamente fenomenales, verdaderas obras de arte en madera y alambre. No podría decir cuántas horas pasé absolutamente deslumbrado, al ver a aquel anciano enjuto, de pelo casi completamente blanco y ojos aún brillantes, convertir metódicamente tablitas en varillas, y perforar en estas, de modo igualmente metódico, los orificios por los que después pasaría los alambres, cuando ya el diseño que había imaginado comenzaba a tomar forma.

No era un proceso demasiado expedito. Guillermo se tomaba su tiempo: modificaba sus diseños sobre la marcha, introducía nuevas complejidades: una puertecita en una –“este cierre es mucho más seguro”–, una percha gruesa en otra –“las cotorras pesan bastante”–, un pequeño como trapecio en otra más –“¡esto le va a encantar a los periquitos!”. Él disfrutaba trabajando y yo viéndolo hacer.

¡Con cuánto orgullo mostraba su trabajo! ¡Con qué profunda satisfacción demostraba el funcionamiento de alguna ingeniosa trampa mediante la cual se podía cambiar el depósito de agua o llenar el de alimento, o un nuevo cierre

que había diseñado especialmente para una puertecita, y del cual había probado mil variantes hasta lograr una que le pareció suficientemente buena! Trabajaba con la pasión, y la dedicación, y el empeño y la permanente insatisfacción de un artista, para convertir así lo que podía haber sido una labor ingrata y rutinaria, en una aventura de creación.

Respetando su trabajo, se respetaba a sí mismo. A menudo extraño a Guillermo: cuando el mecánico del televisor quita los cinco tornillos de la tapa trasera del equipo y al cerrarla le pone sólo tres, uno de ellos a medio apretar; o cuando veo que la puerta de carga del flamante panelito que parquea a una cuadra de casa está sujeta con un pedazo de alambre de perchero; o cuando revisaba en mi anterior trabajo un informe técnico mediocre y rutinario, obviamente hecho para salir del paso y lograr un cumplimiento de esos que tanto abundan: de los de “cumplimiento y miento”. ¿No será que los autores de estos desaguisados piensan satisfechos “soy un bicho”? El ejemplo de Guillermo y su respeto por el trabajo –y el testimonio de los Guillemos de hoy, que gracias a Dios no faltan– me ayuda a tener a raya el “bicho” que pugna por aflorar en mí y que a veces me susurra al oído sus “consejos”: que haga mi trabajo para salir del paso, o que lo deje para última hora, cuando ya no habrá posibilidades de hacerlo concienzudamente, o incluso que no lo haga, si total...

Ojalá te ayude también a ti, lector.

